

Ramón Villalobos, Tijelino. *In memoriam*

Ricardo Sigala

Supe de Tijelino por un cuento de Arreola, aquel en el que unos hombres van a la laguna de Zapotlan a cazar patos y con lo que se encuentran es con una escultura, una Venus clásica. Entonces lo supuse un personaje literario, una figura ocasional en la obra de nuestro máximo escritor. Pocos años más tarde conocí sus esculturas, me encontraba cotidianamente con sus característicos monolitos en el Instituto Cultural Cabañas y en la explanada del Edificio Administrativo de la Universidad de Guadalajara, alguien entonces me dijo, son del maestro Tijelino, y yo en mi juventud a la defensiva no sabía si me estaban jugando una broma, aprovechando mi afición de lector literario compulsivo, o si de verdad Tijelino existía más allá de las páginas de Arreola. Lo que sí pasó es que con frecuencia me ponía a imaginar la ciudad de Guadalajara como una enorme laguna de Zapotlán en la que sus ciudadanos éramos los cazadores de patos que sin esperar y sin buscar nos encontrábamos con inesperadas esculturas, que nos hacían detenernos a mirar con curiosidad.

Pasaron cerca de diez años y la vida me trajo a Ciudad Guzmán a dar un taller literario, entre las primeras experiencias que tuve fue asistir a las reuniones del Grupo Cultural Arquitrabe, en donde conocí a Tijelino, alguna de esas reuniones fue incluso en su propia casa. Tijelino no era un personaje de ficción, ahí vi sus bocetos, pinturas y esculturas, supe que hacía escenografías para obras de teatro, además que escribía, que era un hombre cultivado, sensible, emocional, y sobre todo que en muchos sentidos era una especie de centro en torno del cual giraba el grupo, y por lo tanto la cultura zapotlense. Recuerdo de ese primer encuentro haber conocido a su esposa y compañera

Agripina y a su hija Josefina cuya pasión por el teatro nos ha hecho coincidir varias veces.

Los siguientes veinte años lo seguí viendo en Zapotlán, asiduo asistente en las actividades culturales, siempre con su saludo y sonrisa generosos. Por supuesto también me seguí encontrando con sus obras, en la Fonda Las Peñas, en la Casa Arreola, en las escaleras de la Presidencia municipal, y recientemente en Centro Universitario del Sur. Y más allá de nuestro municipio he encontrado obra del maestro en Zapotiltic, Atenquique, Sayula, Tuxpan, en su natal Zapotlanejo, en Lagos de Moreno, Pátzcuaro, Colima y Sinaloa, sé que en el extranjero la obra de Tijelino ha tenido un espacio. También me he seguido encontrando el arte de Tijelino en libros, a manera de viñetas, ilustraciones y portadas y por supuesto en escenografías para obras de teatro. Siempre me ha sorprendido la incansable labor de este zapotlense por adopción, pero la noche de ayer entré al sitio web <http://tijelino.blogspot.mx>, y mi asombro creció a ver la cantidad de obra expuesta permanentemente, de exposiciones temporales, sus premios y reconocimientos, su labor social, sus escenografías y su producción gráfica editorial. Tijelino fue un trabajador incansable.

El 30 de octubre en la Casa Arreola, lo vi por última vez, habíamos ido a escuchar a René Avilés Fabila hablar sobre Juan José Arreola. Los saludé a ambos, no sabía que nos estábamos despidiendo definitivamente. Podemos recordar la primera vez que vimos a alguien, nunca sabemos cuándo es la última. Tengo presente su mano estrechando la mía, y su sonrisa amplia, sincera.

Ramón Villalobos Castillo, Tijelino, me niego a decir que nos despedimos de ti, prefiero decir como el viejo Walt Whitman, que te saludamos, que te vamos a celebrar

en cada una de tus obras. También quiero imaginar que no te vas, sino que simplemente eres ya parte del aire, un aire que seguirá dándole forma a la materia, como lo hiciste con tus sueños.

Gracias por permitirnos imaginar el mundo como una gran laguna de Zapotlán, que de cuando en cuando nos regala una de tus esculturas inesperadas. Te abrazamos en la eternidad, maestro.